

Nuevos enfoques sobre el futuro de la población



Anna Cabré i Plá
Centro de Estudios Demográficos
Universidad Autónoma de Barcelona

1. Sobre las proyecciones demográficas

Las proyecciones demográficas para horizontes cercanos o lejanos son una práctica habitual para Institutos de Estadística, organizaciones internacionales, y también para investigadores y académicos. No existe mucho margen para la discrepancia metodológica o técnica, pues los procedimientos están considerablemente rodados y responden a distintas formas de combinar las estructuras de partida con los componentes de la dinámica demográfica – supervivencia, fecundidad y migraciones – a los que se aplican hipótesis de evolución futura. Es en la definición de estas hipótesis donde radica la esencia de la proyección y donde se dan las diferencias que marcan la personalidad de cada una de ellas. No por habituales dejan de ser las proyecciones un ejercicio de riesgo. Riesgo no ya de no acertar, sino de alejarse muy notablemente de la realidad a medida que ésta se manifiesta en el transcurso del tiempo. Riesgo, más inaceptable aún, de prever tendencias de signo contrario a las que realmente van a darse.

Tomemos un ejemplo muy cercano. Hasta hace una década, los 40 millones de habitantes parecían ser el techo, probablemente inalcanzable, de la población española, aquejada de bajísima fecundidad, de un acelerado envejecimiento que anunciaba el aumento de las defunciones y con una inmigración que hasta entonces no pasaba de testimonial. Al borde del cambio de siglo y de milenio, todas las proyecciones realizadas al horizonte 2050 venían arrojando resultados cercanos o inferiores a los 35 millones de habitantes. Sin embargo, hacia 2002-2003, tras conocerse que la población española ya superaba los 40 millones de habitantes, diversas proyecciones levantaron el techo para 2050 hasta los 42 ó 43 millones. A

partir de 2005, y pese a la incredulidad que inicialmente generaron, todas las predicciones para 2050 han venido rebasando holgadamente los 50 millones. Se comprueba además que una parte importante del camino hacia esta cifra se ha andado ya, puesto que la población actual supera los 46 millones.

Es decir, que en menos de cinco años y para un horizonte que todavía hoy se sitúa a cuatro décadas de distancia, las proyecciones pasaron de predecir un decrecimiento notable de la población española a decretar su estancamiento y, seguidamente, a anunciar un crecimiento bastante exuberante para nuestro entorno geopolítico. Sólo después de 2050 conoceremos realmente la población de 2050, pero dos de las tres trayectorias alguna vez anunciadas habrán de resultar falsas, no ya en su magnitud, sino en el sentido de la evolución que en su día se predijo.

Es de señalar que las cifras proyectadas para 2050 dependen menos de sus autores, notablemente coincidentes, que del momento en que se realizaron. Ello es así por dos razones: por los cambios en las magnitudes y las estructuras de partida y por los cambios acontecidos en la dinámica demográfica, los cuales condicionan irremediablemente las hipótesis de evolución futura.

El análisis de numerosas proyecciones realizadas en distintos países a lo largo del siglo XX ha mostrado que el efecto del momento sobre las hipótesis de evolución de los fenómenos demográficos es particularmente determinante en lo tocante a la fecundidad: las proyecciones realizadas en los años de entre guerras o a partir de los 70, en régimen de baja o muy baja fecundidad, predijeron baja fecundidad, mientras que las realizadas durante las dos décadas gloriosas del baby-boom apostaron por el sostenimiento de una fecundidad elevada. En lo referente

a la supervivencia, la tendencia fue más uniforme, minimizando sistemáticamente las posibilidades de mejora futura y acoplándose al momento sólo para actualizar unos niveles de longevidad sistemáticamente más elevados que los anteriormente previstos. En cuanto a las migraciones, constituyeron sin duda el factor más incómodo, tanto por la valoración negativa que suelen suscitar tanto la emigración como la inmigración, como por las características técnicas de esta última, ajena a la población proyectada y por ello inconmensurable en cierto modo.

Esta regularidad en los defectos de hipótesis, en los que persistimos pese a conocerlos, me lleva a pensar que es en el propio concepto de proyección y en sus reglas, en particular la monotonía, donde habría que buscar las principales causas de error. La mayoría de las proyecciones tienen un cierto carácter oficial, al provenir de instituciones que tienen la responsabilidad de suministrar estadísticas de futuro a los agentes económicos y sociales. Para no sembrar confusión entre los usuarios, dichas estadísticas del futuro se emiten en un abanico limitado, o a veces en una única variante. Todo ello obliga a la contención, por no decir al conservadurismo, al construir hipótesis y lleva también al rechazo de supuestos cíclicos difíciles de implementar y de justificar, aunque no por ello menos creíbles.

Una práctica más creativa e incluyente del arte de proyectar, nos llevaría a unos resultados sin duda más

realistas: la multiplicidad de futuros posibles y la gran cantidad de caminos distintos hacia estos futuros, aunque su operatividad fuera escasa al margen de la actividad teórica. Es de esperar que este arte de proyectar sepa consolidarse como un terreno particularmente rico tanto para la generación de elementos metodológicos transferibles como de nuevos enfoques sobre las dinámicas demográficas y sus implicaciones futuras.

2. El futuro de la población global

Cualquier población, sea estatal, regional o local, es un subconjunto de la población global, que interactúa en mayor o menor medida con otros subconjuntos, principalmente por medio de las migraciones. Antes de abordar el caso de España, veamos pues cual es el contexto demográfico global que se prevé para el siglo XXI.

A lo largo del siglo XX se produjo un hecho único y aparentemente irrepetible: la vida media de la especie humana se duplicó ampliamente, en determinados países casi triplicó. Esta duplicación no se había dado antes a nivel global, desde los orígenes de la especie, y cuesta creer que se pueda dar de nuevo, y mucho menos en un lapso tan corto de tiempo. De manera desfasada pero incluso más veloz, la fecundidad se adaptó al cambio, y por primer vez un importante y creciente número de países adoptaron pautas reproductivas nunca vistas, con descendencias inferiores incluso a 2 hijos por mujer. El



Foto: Antonio Gaga

En el siglo XXI la población mundial llegará a un máximo, seguramente hacia el final del segundo tercio de siglo, a partir del cual cabe esperar una estabilización o un decrecimiento.

desfase temporal entre ambas evoluciones llevó a la población mundial a multiplicarse por cuatro en 125 años, dejando como herencia el concepto de explosión demográfica, que sigue todavía dominando las mentes más allá del tiempo de su mayor vigencia.

El siglo XXI será sin embargo muy distinto. Diferentes proyecciones por países y continentes coinciden en augurar que la población mundial llegará a un máximo, seguramente hacia el final del segundo tercio de siglo, a partir del cual cabe esperar una estabilización o un decrecimiento, más creíble en su variante suave. La cronología es diferente para las distintas grandes regiones, que deberían ir culminando unas tras otras a partir de 2015. En 2100, solo África subsahariana seguiría con una población creciente. Es de destacar que existe mayor coincidencia respecto a la cronología que respecto a la cifra que se alcanzará en este punto máximo, que se estima entre los 8.500 y los 10.500 millones de almas. Ello significa que antes de iniciar el redimensionamiento a la baja de la población mundial, cabe esperar todavía un incremento respecto a la cifra actual de entre 1.500 y 3.500 millones de habitantes.

Es de destacar que el crecimiento previsto para el siglo XXI se explica exclusivamente por la mejora de la supervivencia. Los nacimientos mundiales alcanzaron un máximo en 1991-1995, y no se prevé que vayan a repuntar en un futuro, sino al contrario: su ritmo de descenso se hará más intenso. En cambio, al aumento de la supervivencia media no se le suponen límites en este siglo. Nótese que, significativamente, en los ejercicios proyectivos a muy largo plazo (2300) realizados por Naciones Unidas, la esperanza de vida al nacer de los países actualmente desarrollados supera los 100 años y, más sorprendentemente aún, la de los países en desarrollo supera los 90.

Las implicaciones de todo ello son de gran calado.

En primer lugar, el proceso que aún llamamos envejecimiento, y para el que convendría hallar una denominación más adecuada y funcional, es un fenómeno de alcance universal que se dará en los países en desarrollo a un ritmo mucho más acelerado que el que hemos conocido en nuestras latitudes. La reconsideración de las fronteras de edad deberá ir pues mucho más allá de lo que pueda

derivarse de las actuales reformas en sistemas de pensiones en aquellos países que disfrutaban de ellas.

En segundo lugar, las entradas en la población de edad activa van a alcanzar un máximo en la presente década, para decaer después. Ello significa que durante unos años, habrá una situación excepcional y difícilmente repetible a nivel global, en la que la población adulta joven estará ampliamente sobrerrepresentada. Ello representará una ventana de oportunidad y una ventaja competitiva para aquellos países, emergentes o desarrollados, que puedan y sepan incorporar productivamente a estos jóvenes. También supondrá la continuación en los próximos años de la importante presión emigratoria que se viene manifestando en las últimas décadas.

En tercer lugar, la presión migratoria de origen demográfico está destinada a decrecer rápidamente antes de dos décadas. La disminución del número de nuevos activos buscando un empleo, así como la configuración de los nuevos países emergentes como polo de atracción sin que las antiguas metrópolis hayan dejado de serlo, hará que los posibles migrantes devengan relativamente más escasos. Es posible incluso que tienda a invertirse el sentido de las barreras a la migración, y que sean los países de origen los que traten de imponer condiciones a la cesión de sus nacionales.

En cuarto lugar, se manifestará una creciente escasez relativa de mujeres en edad reproductiva. La eclosión de la supervivencia universal hasta la vejez hará que, pese a la permanente sobremortalidad masculina, el sobrenúmero de hombres al nacer (105/100, con tendencia a aumentar) se mantenga hasta más allá de los 40 años. Ello se verá agravado por la selección prenatal de sexo practicada en amplias zonas de Asia y por los efectos que el carácter decreciente de las cohortes ha de tener en unos mercados matrimoniales universalmente caracterizados por la mayor edad del marido. Por todo ello, es de prever un aumento de la competencia entre los hombres a nivel global, así como cambios en la condición de la mujer y en las relaciones de género sobre los que cabe argumentar hipótesis contrapuestas, algunas de ellas ciertamente inquietantes.

Finalmente, es previsible que la adopción internacional de niños, que ha alcanzado cifras considerables en las últimas décadas, tienda a extinguirse por falta de niños adoptables, como ya ocurriera en los países hoy desarrollados. Ello puede tener su importancia en las percepciones sobre paternidad y maternidad de países como el nuestro.

3. La población de España, evolución reciente

Hemos visto anteriormente cómo la población española ha pasado de 39,5 a 46 millones de habitantes en una década, y como ello nos ha empujado a cambiar nuestras previsiones para 2050 de menos de 35 a más de 50 millones. ¿Qué hay detrás de los cambios experimentados?

Hay, en primer y principalísimo lugar, la inmigración extranjera, un fenómeno de colosal magnitud que ha convertido nuestro país, durante la primera década del siglo XXI, en uno de los primeros destinos migratorios mundiales, constituyendo por su envergadura y por su velocidad una especie de experimento natural del que apenas hemos sacado las primeras enseñanzas. La inmigración ha rejuvenecido nuestra estructura de población, ha incrementado la tasa de participación en la población activa, ha incidido más que proporcionalmente en la natalidad y menos que proporcionalmente en la mortalidad, y ha marcado todos los aspectos y características de la población y la sociedad española.

Hay, en segundo lugar, los cambios en la fecundidad, con todos los indicadores en alza. De ellos, el que más ha aumentado ha sido el número de nacimientos, espoleado por el aumento de la población. Le sigue la tasa de natalidad, favorecida por la sobrerrepresentación de las personas en edad de máxima fecundidad, tanto autóctonas (cohortes del baby-boom español) como inmigrantes. Viene después el índice sintético de fecundidad, influido en buena parte por las diferentes características en intensidad y calendario de las mujeres inmigrantes. Finalmente, la fecundidad de las mujeres autóctonas también ha experimentado un ascenso, aunque discreto.

Hay, finalmente, la mejora incesante de la supervivencia, que también ha tenido sus efectos en el aumento de la población y, muy en particular, en el de la población anciana y muy anciana.

Así pues, todos los factores demográficos han concurrido para llevar la que tenía que ser una población decreciente a la plétórica situación actual. Como exponente de ello, cabe considerar que en 2008 el número de nacimientos en España superó ampliamente los 500.000, por primera vez desde los ochenta. Solo trece años antes, en 1995, se había alcanzado un mínimo de poco más de 350.000 nacimientos, y el crecimiento natural en aquel año había rozado peligrosamente la nulidad.

La inmigración extranjera ha convertido nuestro país, durante la primera década del siglo XXI, en uno de los primeros destinos migratorios mundiales.

En eso, cuando la situación demográfica parecía encarrilada en una vía eufórica, estalló súbitamente la crisis económica, sembrando el desconcierto en la producción de proyecciones demográficas tanto como en la construcción de las biografías que constituyen su materia prima. Aquellos eventos demográficos que más dependen de la voluntad humana, como son los movimientos migratorios y los nacimientos, iban a experimentar todo el peso de la incertidumbre respecto a factores básicos, como el empleo y los ingresos.

Tres años después, la incertidumbre no se ha disipado, más bien al contrario, y por ello resulta particularmente difícil especular sobre la evolución futura de la demografía española. Lo intentaremos no obstante.

4. La población española, el futuro

Examinemos en primer lugar la variable demográfica más inmune a la coyuntura: la supervivencia. Si desechamos posibles hipótesis catastrofistas que no se justifican en este momento, es dudoso que las dificultades



Foto: Antonio Gaga

El calendario de los nuevos hitos del progreso médico, la evolución del tabaquismo y de los distintos tipos de siniestralidad marcarán sin duda los episodios y particularidades de un recorrido hacia vidas medias tendentes a los 100 años para las generaciones que ahora nacen.

económicas vayan a tener algún efecto, e incluso pudieran tenerlo positivo. La disminución de la siniestralidad laboral, especialmente en los sectores de la construcción y el transporte, la disminución en el consumo de tabaco, alcohol y sustancias, así como el menor uso del automóvil, pueden tener efectos cuantificables que será interesante estudiar. No hay que descartar, sin embargo, los posibles efectos negativos de otros aspectos de la crisis.

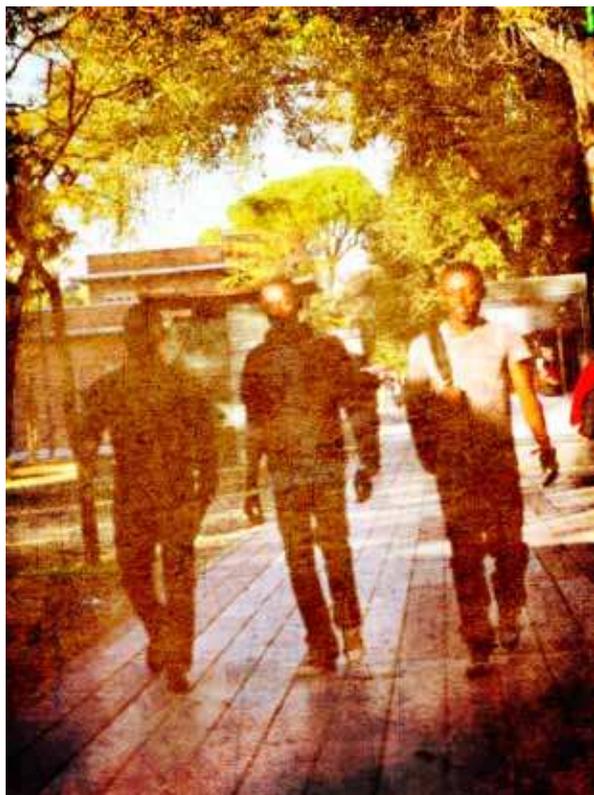
A más largo plazo, la hipótesis más solvente es la de la continuidad en la expansión de la esperanza de vida, en línea con la tendencia que viene observándose en los últimos 150 años y que no da por el momento signos de inflexión. Antes al contrario. Que el ritmo de incremento de la vida media se haya ido manteniendo a lo largo del tiempo pese a la disminución progresiva del número de años que supone cada muerte evitada, demuestra que la capacidad de evitar muertes ha seguido una tendencia creciente que muy probablemente continuará en el futuro. El calendario de los nuevos hitos del progreso médico, la evolución del tabaquismo y de los distintos tipos de siniestralidad marcarán sin duda los episodios y particularidades de un recorrido hacia vidas medias tendentes a los 100 años para las generaciones que ahora nacen.

Más arriesgado resulta predecir el rumbo que seguirá la fecundidad. Los datos posteriores al inicio de la crisis, de 2009 hasta mediados de 2011, muestran una reducción de todos los indicadores, siguiendo la misma gradación del anterior período de crecimiento, pero con signo inverso. Es decir, que el mayor decrecimiento relativo se ha dado en el número de nacimientos, seguido por la tasa de natalidad, por el índice sintético de fecundidad o número medio de hijos por mujer y, finalmente, por el índice de fecundidad de las mujeres autóctonas, que es el que mejor viene resistiendo. En primer análisis, parece que el principal factor del decrecimiento no ha sido el cambio en la fecundidad propiamente dicha sino la brusca interrupción del flujo inmigratorio. Este incidía en mayor o menor grado sobre tres de los cua-

tro indicadores: sobre los nacimientos al incrementar la población; sobre la natalidad al concentrarse los migrantes en las edades de máxima fecundidad; y sobre el índice sintético, por la mayor fecundidad coyuntural de las mujeres inmigrantes, en particular en las edades más jóvenes. Así pues, el fin de la inmigración masiva ha impactado inmediatamente en la fecundidad, anulando los principales factores que contribuían a su progresivo aumento.

En este nuevo contexto, la evolución de los nacimientos dependerá de la variación en la población de edad reproductiva, que decrecerá en los próximos 15-20 años, y del cambio real en los comportamientos reproductivos. Es en este último terreno donde se presentan los principales interrogantes. Por una parte, resulta evidente que las actuales circunstancias, cuyo fin no se vislumbra, han de resultar forzosamente restrictivas para los proyectos de constitución familiar. Sin embargo, hay por lo menos dos circunstancias que distinguen esta crisis de las anteriores y que podrían, atenuar sus efectos sobre los nacimientos. Por una parte, la edad a la maternidad es muchísimo más tardía, y ello puede desalentar o frenar una estrategia de retraso, que con frecuencia supondría una renuncia de hecho. Por otra parte, se han multiplicado las parejas de doble ingreso y ello puede representar una cierta protección ante el desempleo o la drástica reducción de ingresos. Estos argumentos pueden sin embargo tener una lectura contraria: si la precariedad del mundo laboral genera una mayor incompatibilidad entre trabajo y familia, cualquier retraso en los embarazos deseados puede tener consecuencias irreversibles.

En el medio y largo plazo, y al margen de la perturbada situación actual, la fecundidad española debería converger, como ya estuvo muy cerca de hacer en 2008, hacia niveles medios europeos, que se mantendrán, con casi toda certeza, bastante por debajo de los míticos 2,1 hijos por mujer. Convendría, por cierto, ir abandonando este engañoso referente de salud demográfica, que sólo es válido en modelos estables cuyos supuestos de mortalidad constante y ausencia de migraciones no concuerdan con los de una Población real como la nuestra. En cualquier caso, la mayor igualdad de género y la generalización de las familias de doble referente, así como la escasez relativa de mujeres jóvenes y de niños a nivel global, pueden llevar a cambios de valores y preferencias que favorezcan la procreación. Por todo ello, es probable que los años



en que España figuró en los últimos lugares del ranking mundial de fecundidad pasen a la Historia como un episodio sin continuidad. Países ahora en desarrollo pasaran a ocupar estos lugares.

El futuro de las migraciones aparece, finalmente, como el elemento más imprevisible de nuestra demografía. La inmigración, en particular, admite por su carácter exógeno variaciones extremas que es imposible predecir y más aún cuantificar. El hecho cierto es que la crisis ha interrumpido casi totalmente el flujo inmigratorio, aunque por el momento no parece haber desencadenado un movimiento de retorno de envergadura destacable, y menos aún en la fracción activa de los

inmigrantes. Los movimientos de salida que se observan o se estiman, con considerable dificultad, parecen ser más bien movimientos hacia países distintos a los de origen, protagonizados tanto por personas inmigradas, naturalizadas o no, como por españoles nativos. Por ello, es difícil aventurar cuál puede ser, en una situación normalizada, el curso de las corrientes migratorias internacionales que afectarán a nuestro país. Y ésta es la mayor incógnita en el futuro de nuestra demografía. El signo y la magnitud de dichas corrientes dependerá básicamente, como siempre ha sido, del nivel y la calidad del empleo que nuestra economía genere, o dicho de otra forma, del nivel de participación de nuestro país en el mapa económico mundial.

Recuérdese sin embargo, que a nivel global los efectivos de posibles migrantes van a tener una evolución decreciente, y que si en un hipotético futuro vuelve a darse una fase alcista en nuestra economía, lo hará bajo una presión migratoria mucho menor que la del pasado reciente. El recurso a la inmigración tendrá que serlo también.

5. En conclusión

De esta breve incursión en el universo de nuestros futuros demográficos, retendré dos ideas principales. La primera, que es imparable el aumento de la longevidad y el aumento de la población mayor y muy mayor, y que ante ello no valen lamentaciones ni deseos de realidades alternativas, sino la decidida apuesta por la revisión de todos los sistemas y conceptos basados en la edad. La segunda, es que, en un contexto crecientemente globalizado, nuestra dinámica demográfica, que ha de condicionar a la larga la dimensión y las estructuras de nuestra población, depende de la economía más de lo que la condiciona. Los diez últimos años lo demuestran. La mejor política demográfica es la creación y sostenimiento de empleo de calidad, así como la promoción de un sistema educativo que lo haga posible.